

DEMOSTRACIÓN DE AMOR

Volumen 1 – Sermón No.104

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
23 DE NOVIEMBRE DE 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Más Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún
pecadores, Cristo murió por nosotros”.***
Romanos 5: 8

No tendré nada nuevo que contarte. Será tan viejo como las colinas eternas y tan simple que un niño pueda entenderlo. La demostración del amor. "Dios mostró su amor hacia nosotros, en eso, mientras aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros". La demostración de Dios de sí mismo y de su amor no es en palabras, sino en hechos. Cuando el Dios Todopoderoso encomienda su amor al pobre hombre, no está escrito: "Dios mostró su amor hacia nosotros en una oración elocuente". No está escrito que alabó su amor al ganar profesiones, pero alabó su amor hacia nosotros por un acto, por un hecho, un hecho sorprendente, cuya gracia indescriptible que la eternidad misma apenas descubrirá. Él "mostró su amor hacia nosotros, en eso, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros".

Aprendamos, entonces, en el umbral de nuestro texto, que, si nos encomendamos a nosotros mismos, debe ser por hechos y no por palabras. Los hombres pueden hablar con justicia y pensar que así ganarán estima. Pueden ordenar sus palabras correctamente y pensar que así debe exigir respeto. Pero que recuerden, no es el oratorio de la lengua sino la elocuencia más poderosa de la mano que gana el afecto del "gran corazón del mundo".

Si quieres recomendarte a tus semejantes, ve y haz, no vayas y digas. Si ganarías el honor de lo excelente, no hables, pero actúa. Y si ante Dios demostraría que su fe es sincera y que su amor hacia Él es real, recuerde, no son palabras aduladoras, pronunciadas ni en oración ni en alabanza, sino que es la acción piadosa, el acto santo, que es la justificación de su fe y la prueba de que es la fe de los elegidos de Dios. Hacer, no decir, actuar, no hablar, estas son las cosas que elogian a un hombre:

***"No hay grandes palabras de habladores listos,
no bastarán jactancias excelentes.
Corazones quebrantados y caminantes humildes,
estos son queridos a los ojos de Jesús".***

Imitemos a Dios, entonces, en esto. Si encomendamos nuestra religión a la humanidad, no podemos hacerlo por meras formalidades, sino por graciosos actos de integridad, caridad y perdón, que son los descubrimientos apropiados de la gracia interior. "Deja que tu luz brille ante los hombres para que vean tus buenas obras y glorifiquen a tu Padre que está en el cielo". "Que tu conversación sea tal que se convierta en el Evangelio de Cristo". Y así lo honrarás y "adornarás la doctrina" que profesas.

Pero ahora por este poderoso acto por el cual Dios mostró su amor. Creemos que es doble. Creemos que el Apóstol nos ha dado una doble demostración de amor. El primero es: "Dios mostró su amor hacia nosotros, en eso, Cristo murió por nosotros". El segundo elogio surge de nuestra condición, "en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros".

1. La primera demostración de amor, entonces, es esta: "CRISTO MURIÓ POR NOSOTROS" y como todo el texto es doble, esta oración también contiene una demostración doble. Hay una demostración de amor en la Persona que murió, Cristo, y luego en el acto que realizó, "Cristo murió por nosotros".

Primero, entonces, es la más alta demostración de amor, que fue CRISTO quien murió por nosotros. Cuando el hombre pecador se equivocaba de su Hacedor, era necesario que Dios castigara su pecado. Había jurado por sí mismo: "El alma que pecare, morirá". Y Dios, con reverencia a su santísimo nombre, por así decirlo, no pudo desviarse de lo que había dicho. Había declarado en el Sinaí que de ninguna manera despejaría al culpable, pero en la medida en que deseaba perdonar el delito, era necesario que alguien más soportara los sufrimientos que el culpable debería haber soportado, eso es por la sustitución indirecta de otro, Dios podría ser "justo y, sin embargo, el justificador de los impíos". Ahora, la pregunta podría haber surgido: "¿Quién es el que será el chivo expiatorio de la ofensa del hombre? ¿Quién es el que llevará sus transgresiones y quitará sus pecados?"

Si se me permitiera imaginar (y marcar, no es más que imaginación), casi podría concebir un parlamento en el cielo. Los ángeles están reunidos, se les propone la pregunta: "Querubines y serafines, cohortes de los glorificados, espíritus a los que les gustan las llamas de fuego, se apresuran a Mi mosca. ¡Ustedes, seres felices, a quienes he creado para mi honor! Aquí hay una pregunta que condesciendo ofrecerle para su consideración, el hombre ha pecado, no hay forma de perdón, sino por alguien que sufre y paga sangre por sangre. ¿Quién será?" Puedo concebir que hubo silencio durante la augusta asamblea. Gabriel no habló, habría estirado las alas y agitado el éter en un momento, si el hecho hubiera sido posible, pero sintió que nunca podría soportar la culpa de un mundo sobre sus hombros y, por lo tanto, todavía se sentó.

Y allí, los más poderosos de los poderosos, aquellos que podían sacudir un mundo si Dios lo quisiera, se quedaron quietos. Todos se sintieron impotentes para lograr la redención. No concibo que uno de ellos se haya aventurado a esperar que Dios mismo asuma carne y muera. No creo que haya entrado incluso en un pensamiento angelical para concebir que el poderoso Creador de los cielos, debería inclinar Su horrible cabeza y hundirse en una tumba. No puedo imaginar que el más brillante y más seráfico de estos glorificados, hubiera sufrido por un instante tal pensamiento para permanecer con él. Y cuando el Hijo de Dios, comenzando desde Su trono, les habló y les dijo: "¡Principados y poderes! ¡Me convertiré en carne, velaré esta Divinidad mía con túnicas de arcilla mortal, moriré!" ¡Creo que veo a los ángeles por una vez asombrados!

Habían visto mundos creados. Habían visto la tierra, como una chispa de la masa incandescente de materia sin forma martillada desde el yunque de la Omnipotencia y lanzada al espacio, y sin embargo no se habían preguntado. Pero en esta ocasión concibo que no dejaron de maravillarse: "¿Qué? ¿Morirás, oh Palabra? ¡Creador! ¡Dominar! ¡Infinito! ¡Todopoderoso! ¿Te convertirás en un hombre y morirás?" "Sí", dice el Salvador, "lo haré". ¿Y no están asombrados, hombres mortales? ¿No te preguntas? ¿Qué? ¿No te maravillarás? ¡Las huestes del cielo todavía se preguntan! Aunque han pasado muchos años desde que lo escucharon, todavía no han dejado de admirar, ¿y no comienzas a maravillarte todavía?

¿El tema que despierta la maravilla del serafín no conmoverá sus corazones? ¡Que Dios mismo se haga hombre y luego muera por ti! "Dios mostró su amor hacia nosotros, en eso, Cristo debería morir". Si hubiera sido un arcángel que había muerto por nosotros, habría sido un tema de gratitud. Si hubiera sido simplemente un hombre bueno y santo que había derramado su sangre, podríamos haber besado sus pies y haberlo amado para siempre. Pero al ver que el que gimió en el árbol no era otro que el Dios Todopoderoso y que el que sudaba en el jardín, mientras era hombre, todavía no era otro que una persona de la gloriosa Trinidad, de hecho, ¡es el más alto elogio del amor que Cristo muera!

Pasa ese pensamiento por tu mente. Medita en tus meditaciones. Pésalo en tus corazones. Si tienes ideas correctas de la Deidad, si sabes lo que es Cristo, si puedes concebir a Aquel que es el Dios eterno y, sin embargo, el Hombre, si puedes imaginarte a Él, la Criatura pura, santa y perfecta y, sin embargo, el Creador eterno, si puedes concebirlo como el hombre que fue herido y, sin embargo, el Dios que fue exaltado para siempre, si puedes imaginarlo como el Hacedor de todos los mundos, como el Señor de la Providencia por quien todas las cosas existen y consisten.

Si puedes concebir de Él ahora, vestido con esplendor, rodeado de las sinfonías corales de miríadas de ángeles, entonces tal vez puedas adivinar cuán profundo fue ese paso de condescendencia cuando pisó del cielo a la tierra, de la tierra a la tumba, de la tumba a la

muerte, se dice, en el "Seol" más bajo, que Él podría hacer que su condescendencia sea perfecta y completa. "Él ha demostrado su amor" a ustedes, mis hermanos, en el sentido de que fue Cristo, el Hijo de Dios, quien murió por nosotros.

La segunda parte de la primera demostración se encuentra aquí, que Cristo murió por nosotros. Fue mucho amor cuando Cristo se hizo hombre para nosotros, cuando se despojó de las glorias de su divinidad por un tiempo, para convertirse en un infante de mucho tiempo, que dormía en el pesebre de Belén. No fue poca condescendencia cuando se despojó de todas sus glorias, colgó su manto en el cielo, abandonó su diadema y los placeres de su trono y se agachó para hacerse carne. Fue, además, un amor no pequeño, cuando vivió una vida santa y sufriente por nosotros. Fue un amor asombroso, cuando Dios, con pies de carne, pisó la tierra y enseñó a sus propias criaturas cómo vivir, todo el tiempo cargando sus burlas y bromas con una resistencia fría e inquebrantable.

No era un pequeño favor de Él que Él condescendiera para darnos un ejemplo perfecto de su vida impecable. Pero la demostración del amor yace aquí, no porque Cristo vivió por nosotros, sino que Cristo murió por nosotros. Vengan, queridos oyentes, por un momento, sopesen esas palabras. "¡Cristo murió por nosotros!" ¡Oh, cómo amamos a esos valientes defensores de nuestra nación que recientemente murieron por nosotros en una tierra lejana! Algunos de nosotros mostramos nuestra simpatía a sus hijos e hijas, sus esposas e hijos, al contribuir a apoyarlos, cuando los padres fueron humillados. Sentimos que el soldado herido es un amigo para nosotros y que somos sus deudores para siempre. Puede que no amemos la guerra, puede que algunos de nosotros no pensemos que es un acto cristiano empuñar la espada, pero, sin embargo, estoy seguro de que amamos al hombre que intentó defender a nuestro país con sus vidas y que murió en nuestra causa.

Dejaríamos caer una lágrima sobre las tumbas silenciosas de Balaclava, si estuviéramos allí ahora. Y amados, si alguno de nuestros amigos se atreviera a poner en peligro nuestro bien y más especialmente, si alguna vez llegara a suceder que alguno de ellos fuera llamado a morir por nosotros, ¿no deberíamos amarlos de ahora en adelante? ¿Alguno de nosotros sabe lo que contiene esa gran palabra "morir"? ¿Podemos medirlo? ¿Podemos decir sus profundidades de sufrimiento o sus alturas de agonía? "¡Murió por nosotros!"

Algunos de ustedes han visto la muerte. Sabes cuán grande y aterrador es su poder, has visto al hombre fuerte inclinarse, sus rodillas temblando. Has visto cómo se rompen las cadenas de los ojos y has visto los globos oculares vidriosos en la muerte. Has marcado la tortura y las agonías que atemorizan a los hombres en sus horas de muerte. Y usted ha dicho: "Ah, es una cosa solemne y horrible morir".

Pero, mis oyentes, "Cristo murió por nosotros". Toda esa muerte podría significar que Cristo

soportó. Él entregó el fantasma, renunció a su aliento, se convirtió en un cadáver sin vida y su cuerpo fue enterrado, incluso como los cuerpos del resto que murieron. "Cristo murió por nosotros". Considere las circunstancias que acompañaron su muerte. No fue una muerte común. Murió, fue una muerte de ignominia, porque fue asesinado legalmente. Fue una muerte de dolor indescriptible, porque fue crucificado, ¿y qué destino más doloroso que morir clavado en una cruz? Fue una muerte larga y prolongada, porque estuvo colgado durante horas, con solo sus manos y sus pies perforados, partes que están muy lejos del asiento de la vida, pero en las que se encuentran los nervios más sensibles, llenos de sensibilidad. Sufrió una muerte que, por sus circunstancias, sigue siendo incomparable.

No fue un golpe rápido lo que aplastó la vida del cuerpo y lo terminó, pero fue una muerte prolongada, larga y triste, asistida sin consuelo y sin simpatía, pero rodeada de odio y desprecio. ¡Imagínelo! Lo arrojaron sobre su espalda, le clavaron clavos en las manos y en los pies, lo levantaron. ¡Mira! Han arrojado la Cruz a su lugar. Está arreglado. ¡Y ahora míralo! Marque sus ojos, todos llenos de lágrimas. Mira su cabeza, colgando de su pecho. Ah, obsérvelo, mientras sufre con sus alas negras, aviva su mejilla con llamas. Míralo, mientras parece que todo dice en silencio: "Estoy derramado como el agua. Todos mis huesos están fuera de la articulación. Soy llevado al polvo de la muerte". Escúchalo, cuando Él gime, "tengo sed".

Sobre todo, escúchelo, mientras Él grita: "¿Eli, Eli, lama Sabactani?". Mis palabras no pueden imaginarlo. Mis pensamientos no logran expresarlo. Ningún pintor lo logró, ni ningún orador podrá realizarlo. Sin embargo, le ruego que considere al Sufriente Real. Véalo con los ojos de su fe, colgando del árbol sangriento. Escúchalo llorar, antes de morir, "¡Está terminado!"

***"Mira desde su cabeza, sus manos, sus pies
¡El dolor y el flujo de amor se mezclaron!
¿Alguna vez se encontraron tanto amor y dolor,
o las espinas compusieron una corona tan rica?"***

¡Oh, cómo desearía poder agitarte! Si te contara una tonta historia de una criada enferma de amor, llorarías. Si me convirtiera en novelista y le contara un triste relato de un héroe legendario que había muerto de dolor, si fuera una ficción, debería tener sus corazones, pero esta es una realidad temible y solemne, y con la que está íntimamente conectado, porque todo esto fue hecho por tantos de ustedes como sinceramente arrepentirse de sus pecados

***"Todos ustedes que pasan, a Jesús se acercan:
Para ti, ¿no es nada que Jesús muera?"***

Pienso que, si eres salvo, es algo para ti, porque la sangre que gotea de Sus manos, se

destila para ti. Ese marco que se retuerce en tortura te retuerce. Esas rodillas, tan débiles de dolor, son débiles para ti. Esos ojos, llenos de gotas de lágrimas, te caen. Ah, piensa en Él, entonces, tú que tienes fe en Él. Míralo a Él y a todos los que aún no creíste, rezaré por ti, para que ahora puedas contemplarlo como la expiación de tu culpa, como la llave que abre el Cielo a todos los creyentes.

II. Nuestro segundo punto fue este: "Dios mostró su amor para con nosotros", no solo porque Cristo murió por nosotros, sino que CRISTO MURIÓ POR NOSOTROS CUANDO AÚN ÉRAMOS PECADORES.

Consideremos por un momento qué tipo de pecadores hemos sido muchos de nosotros, y luego veremos que fue una gracia maravillosa que Cristo muriera por los hombres, no como penitentes, sino como pecadores. Considere cuántos de nosotros hemos sido pecadores continuos. No hemos pecado una vez, ni dos, sino diez mil veces. Nuestra vida, por más recta y moral que haya sido, está manchada por una sucesión de pecados. Si no nos hemos rebelado contra Dios en los actos externos que proclaman que el despilfarrador es un aliado transgredido.

Y, oh, hermanos míos, ¿quién está allí entre nosotros que tampoco confiese los pecados de hecho? ¿Quién de nosotros no ha roto el día de reposo? ¿Quién de nosotros no ha tomado el nombre de Dios en vano? ¿Quién de nosotros se atreverá a decir que hemos amado al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas? ¿Nunca hemos demostrado por ningún acto que hemos codiciado los bienes de nuestros vecinos? En verdad, sé que tenemos. Hemos quebrantado sus mandamientos y nos conviene unirnos a esa confesión general: "Hemos hecho lo que no deberíamos haber hecho. Hemos dejado sin hacer esas cosas que deberíamos haber hecho y no hay salud en nosotros".

Ahora, el dulce pensamiento es que Cristo murió por nosotros, sabiendo que seríamos pecadores continuos. Varones, hermanos y padres, Él no murió por nosotros como los que han cometido una sola falta, sino como aquellos que eran enfáticamente "pecadores", pecadores de muchos años, algunos de ustedes pecadores con canas, pecadores que han perseverado en un curso constante de iniquidad. Como pecadores somos redimidos y por eso nos convertimos en santos. ¿No nos recomienda esto el amor de Cristo por nosotros, que Él debe morir por los pecadores que se han teñido de pecado como con los pecadores carmesí y escarlata, grande y continuo?

Nótese nuevamente que Él murió por nosotros, aunque nuestros pecados fueron agravados. Oh, hay algunos de nosotros aquí que somos grandes pecadores, no tanto en los actos que hemos realizado, sino en el agravante de nuestra culpa.

Creo que cuando peco, peco peor que muchos de ustedes, porque peco contra un mejor entrenamiento que muchos de mis oyentes recibieron en su juventud. Muchos de ustedes, cuando pecan, pecan contra ministros fieles y contra las advertencias más sinceras. Ha sido tu deseo sentarte bajo pastores veraces, a menudo te han contado tus pecados. Recuerden señores, cuando pecan no pecan tan bajo como los demás. Cuando pecas contra las convicciones de tus conciencias, contra las advertencias de tus amigos, contra la iluminación de los tiempos y contra las solemnes advertencias de tus pastores, pecas más gravemente que otros.

El hotentote no peca como lo hace el británico. El que ha sido criado en esta tierra puede ser abiertamente más justo, pero puede ser más malvado interiormente, porque peca contra más conocimiento. ¡Pero incluso por el hecho de que Cristo murió, por los hombres que han pecado contra los lamentos de Su amor, contra los esfuerzos de su conciencia, contra las invitaciones de Su Palabra, contra las advertencias de Su Providencia, aun por tal Cristo murió y en eso el mostró Su amor hacia nosotros, que murió por los pecadores! Mi Oyente, si has pecado tanto, no te desesperes, ¡es posible que te haga regocijarse en su redención!

Reflexiona de nuevo. Cuando éramos pecadores, éramos pecadores contra la persona que murió por nosotros. "Es extraño, es más que extraño, es maravilloso", que el mismo Cristo contra quien hemos pecado murió por nosotros. Si un hombre fuera herido en la calle, si se exigiera un castigo a la persona que lo atacó, sería extraño que el hombre herido, por amor de Dios, cargue con la pena de que el otro pueda ser liberado. Pero fue aun así con Cristo. Había sido herido, pero sufre por la misma herida que otros le hicieron. Él muere por sus enemigos, muere por los hombres que lo odian y lo desprecian. Hay una vieja tradición, que el mismo hombre que atravesó el costado de Cristo se convirtió, y a veces pienso que tal vez en el cielo, nos encontremos con esos mismos hombres que clavaron las uñas en sus manos y perforaron su costado.

El amor es algo poderoso, puede perdonar a los grandes transgresores. Sé que mi Maestro dijo: "Comienza en Jerusalén", y creo que dijo eso porque allí vivían los hombres que lo habían crucificado y quería que se salvaran. Mi Oyente, ¿alguna vez has blasfemado a Cristo? ¿Alguna vez se burló de Él y se burló de Su pueblo? ¿Has hecho todo lo posible para emular el ejemplo de aquellos que escupieron en su santo rostro? ¿Te arrepientes de ello? ¿Sientes que necesitas un Salvador? Entonces te digo, en el nombre de Cristo, Él es tu Salvador. Sí, su Salvador, aunque lo haya insultado, su Salvador, aunque lo haya pisoteado, ¡su Salvador, aunque haya hablado mal de Su pueblo, Su Día, Su Palabra y Su Evangelio!

Una vez más, recordemos que muchos de nosotros como pecadores, hemos sido personas que durante mucho tiempo hemos escuchado estas buenas noticias y, sin embargo, las hemos despreciado. Quizás no hay nada más terrible en la depravación del hombre que el hecho de

que él pueda olvidar el amor de Cristo. Si no fuéramos tan pecaminosos como somos, no hay ninguno de nosotros aquí esta mañana que no lloraría al pensar en el amor del Salvador y creo que no hay un hombre, una mujer o un niño solitario aquí que no diría: "¡Te amo, Dios mío! Porque has hecho tanto por mí". Es la mayor prueba de nuestra depravación que no amamos de inmediato al Cristo que murió por nosotros.

Se cuenta una historia de los pactos, de uno llamado Patrick Welwood, cuya casa estaba rodeada en un momento en que un ministro de seguridad había estado escondido allí. Los dragones de Claverhouse estaban en la puerta y el ministro había huido. El dueño de la casa fue convocado y se le exigió: "¿Dónde está el ministro?" "Se ha ido. No puedo decir dónde, porque no sé". Pero no estaban satisfechos con eso. Lo torturaron y como no podía decirles dónde estaba (porque en realidad no lo sabía), lo dejaron, después de infligirle la tortura del tornillo de mariposa.

Y se llevaron a su hermana, una niña que vivía en la casa. Creo que ella sabía dónde estaba escondido el ministro, pero al llevarla le preguntaron y ella dijo: "No, puedo morir yo mismo, pero nunca puedo traicionar al siervo de Dios y nunca lo haré, ya que Él puede ayudarme". La arrastraron hasta el borde del agua y haciéndola arrodillarse, decidieron matarla. Pero el capitán dijo: "Todavía no. Intentaremos asustarla". Y al enviarle un soldado, se arrodilló y le aplicó una pistola en la oreja, se le ordenó traicionar al ministro o morir. Se escuchó el clic de la pistola en su oído, pero la pistola no estaba cargada. Se estremeció un poco y la pregunta se le volvió a hacer. "Díganos ahora", dijeron, "dónde está, o tendremos su vida". "Nunca, nunca", dijo ella.

Una segunda vez se hizo el esfuerzo. Esta vez se descargaron un par de carabinas, pero en el aire, para aterrorizarla. Por fin decidieron matarla realmente, cuando Trail, el ministro, que estaba escondido en algún lugar cercano, se sintió excitado por la descarga de armas y vio a la pobre niña a punto de morir por él, saltó hacia adelante y gritó: "Ahórrate la sangre de esa doncella y toma la mía. Esta pobre niña inocente, ¿qué ha hecho?" La pobre niña realmente había muerto de miedo, pero el ministro había venido preparado para morir él mismo, para salvarle la vida.

Oh, mis amigos, a veces he pensado que su heroico martirio era algo así como el bendito Jesús. Él viene a nosotros y dice: "Pobre pecador, ¿serás mi amigo?" Respondemos: "No". "Ah, lo haré así", dice Él: "Moriré por ti". Y va a morir en la cruz. Oh, creo que podría saltar y decir: "No, Señor Jesús, no, no debes morir por semejante gusano". ¡Seguramente ese sacrificio es un precio demasiado alto para pagar por los gusanos pecaminosos pobres!

Y, sin embargo, mis oyentes, para volver de nuevo a lo que he dicho antes, escucharán todo esto y nueve de cada diez se retirarán de este lugar y dirán: "Era una vieja, vieja historia".

Y aunque pueden dejar caer una lágrima por cualquier otra cosa, no llorarás una lágrima por Jesús, ni suspirarás por él. Tampoco le pagarás ni siquiera una leve emoción de amor. ¡Sería diferente! Sería para Dios que Él cambiaría tus corazones, para que puedas ser llevado a amarlo.

Además, para ilustrar mi texto, permítanme comentar nuevamente que, dado que Cristo murió por los pecadores, es una demostración especial de Su amor por las siguientes razones, es bastante seguro que Dios no consideró el mérito del hombre cuando Cristo murió. De hecho, ningún mérito podría haber merecido la muerte de Jesús. Aunque habíamos sido santos como Adán, nunca podríamos haber merecido un sacrificio como el de Jesús por nosotros. Pero en la medida en que dice: "Murió por los pecadores", se nos enseña que Dios consideró nuestro pecado y no nuestra justicia.

Cuando Cristo murió, murió por los hombres como viles, como malvados, como abominables, no como buenos y excelentes. Cristo no derramó Su sangre por nosotros como santos, sino como pecadores. Nos consideró en nuestra repugnancia, en nuestro bajo estado y miseria, no en ese alto estado al que luego nos eleva la gracia, sino en toda la decadencia en la que habíamos caído por nuestro pecado. No podría haber mérito en nosotros. Y, por lo tanto, Dios mostró su amor por nuestro mal desierto.

De nuevo, es bastante seguro, porque Cristo murió por nosotros como pecadores, que Dios no tenía interés en servir al enviar a Su Hijo a morir. ¿Cómo podrían los pecadores servirle? Oh, si Dios hubiera querido, podría haber aplastado este nido de rebeldes y haber hecho otro mundo completamente santo. Si Dios hubiera elegido, en el momento en que el hombre pecó, podría haberle dicho al mundo: "Serás quemado" y, como hace unos años, los astrónomos nos dijeron que vieron la luz de un mundo lejano que quema miles de kilómetros de distancia, este mundo podría haberse consumido con un calor abrasador y el pecado quemado de su arcilla. Pero no. Si bien Dios pudo haber hecho otra raza de seres, y podría habernos aniquilado o consignado a un tormento eterno, estaba complacido de cubrirse con carne y morir por nosotros. Seguramente, entonces, no podría haber sido por ningún motivo de interés propio.

Dios no tenía nada que superar con la salvación del hombre. ¿Cuáles son los atractivos de las voces humanas en el paraíso? ¿Cuáles son las sinfonías débiles que los labios mortales pueden cantar en la tierra en comparación con la muerte de nuestro Señor? Tenía suficientes ángeles. ¿No día tras noche rodean su trono de alegría? ¿No son suficientes sus arpas doradas? ¿No es la orquesta del cielo lo suficientemente grande? ¿Debe nuestro glorioso Señor renunciar a Su sangre para comprar gusanos pobres, para que puedan unir sus pequeñas notas con la gran ola de un universo coral? Sí, debe y en la medida en que somos pecadores, y no podríamos pagarle por su bondad, "Dios mostró su amor hacia nosotros, en eso, mientras aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros".

Pero hay otra demostración de amor. Cristo murió por nosotros sin pedirlo. Cristo no me consideró como un heredero del cielo despierto sino como un heredero del infierno muerto, corrupto, perdido y arruinado. Si hubiera muerto por mí como un heredero del cielo despierto, entonces podría haber rezado para que muriera, porque entonces tengo poder para rezar y ganas de rezar. Pero Cristo murió por mí cuando no tenía poder ni voluntad para alzar mi voz en oración. Estaba completamente sin preguntar. ¿Dónde escuchaste que ese hombre fue el primero en misericordia? ¿Le pidió el hombre a Dios que redimiera? No, más bien, es casi al revés, ¡es como si Dios suplicara al hombre que fuera redimido!

El hombre nunca pidió que lo perdonaran, pero Dios lo perdona y luego se da la vuelta y grita: "Vuelve a mí, desviando a los hijos de los hombres y tendré misericordia de ti". ¡Pecadores! Si cayeras de rodillas y estuvieras llorando por misericordia durante meses, sería una gran misericordia si la misericordia te mirara. Pero sin preguntar, cuando estamos endurecidos y rebeldes, cuando no nos volveremos a Cristo, Él todavía viene a morir por nosotros. ¡Cuéntalo en el cielo, cuéntalo en el mundo inferior, la asombrosa obra de Dios sobrepasa el pensamiento, porque el amor mismo murió por odio, la santidad se crucificó para salvar a los pobres hombres pecaminosos! Sin preguntar ni pedir, como una fuente en el desierto que resplandece espontáneamente con sus aguas nativas, Jesucristo vino a morir por el hombre, que no buscaría Su gracia. "Dios mostró su amor hacia nosotros".

Y ahora, mis queridos oyentes, quiero cerrar, si el Espíritu de Dios me ayuda, esforzándome por recomendarles el amor de Dios, tanto como pueda e invitando a tantos de ustedes como sientan su necesidad de un Salvador, para apoderarse de Él y abrazarlo ahora como su Sacrificio completamente suficiente. Puedes ignorarlo tú mismo, pero lo necesitas. Tiene una lepra en su corazón, necesita un médico. Dices: "Soy rico". Pero, pecador, no lo eres, estás desnudo, pobre y miserable. Usted dice: "Al fin estaré ante Dios aceptado", pero pecador, sin Cristo no lo hará, porque el que no cree en Cristo "no tiene vida, pero la ira de Dios permanece en él".

Escuchen eso, mis queridos oyentes: "La ira de Dios permanece sobre él". ¡Oh, esa ira de Dios! Pecador, necesitas a Cristo, aunque no lo creas así. ¡Oh, que el Señor te imprima esto! Nuevamente, viene un día en el que sentirás tu necesidad de Cristo si no lo haces ahora. En unos pocos años, tal vez meses o días, se acostará sobre la última cama que soportará su peso. Pronto te mantendrás despierto con suaves almohadas. Tu cuerpo será débil y tu alma llena de tristeza. Puede vivir sin Cristo ahora, pero será difícil morir sin él. Puede prescindir de este puente aquí, pero cuando llegue al río se considerará un tonto por haberse reído del único puente que puede llevarlo de manera segura. Puedes despreciar a Cristo ahora, pero ¿qué harás en las olas del Jordán?

¿Puedes enfrentar la muerte y no tener miedo? No, hombre, ahora estás asustado si el cólera está en la ciudad. O si alguna pequeña enfermedad es sobre ti, tiembla por miedo. ¿Qué harás cuando estés en las fauces de la Muerte, cuando su mano huesuda te esté apretando y cuando su dardo esté en tus signos vitales? ¿Qué harás entonces sin un Salvador? Ah, entonces lo querrás. ¿Y qué harás cuando hayas pasado esa corriente negra, cuando te encuentres en el reino de los espíritus, en ese Día del Juicio, cuando se desaten los truenos y se desaten las alas del rayo, cuando las tempestades anunciarán trompeta de voz la llegada del gran Assize?

¿Qué harás cuando te pares delante de Su bar ante Quien, con asombro, las estrellas huirán, las montañas temblarán y el mar será lamido con lenguas de fuego bifurcado? ¿Qué harás, cuando desde su trono exclame: "Ven aquí, pecador", y te quedarás allí solo, para ser juzgado por cada acto realizado en el cuerpo? Girarás la cabeza y dirás: "¡Oh, por un abogado!". Él te mirará y dirá: "Llamé y te negaste, extendí mi mano y nadie lo miró. Ahora también me reiré de tu calamidad y me burlaré cuando llegue tu miedo".

Ah, ¿qué harás entonces, pecador, cuando se establezca el tribunal? Oh, habrá llanto, habrá llanto en el tribunal de Cristo. ¿Y qué harás en ese día cuando Él diga: "¿Vete, maldito"? y cuando el ángel negro, con un semblante más feroz que un rayo y con una voz más fuerte que diez mil truenos, grite, "¡Vete!" Y golpear te donde yaces para siempre esos espíritus malditos atados con grillos de hierro, que, hace mucho tiempo, ¿fueron perdidos? No me digas que te cuento cosas terribles. Si es terrible hablar de eso, ¡qué terrible debe ser soportar! Si no crees lo que digo, no me preguntaré si te ríes de mí. Pero como la mayoría de ustedes cree esto, reclamo su más solemne atención a este tema.

¡Señores! ¿Crees que hay un infierno y que vas a ir allí? ¿Y todavía sigues sin prestar atención? ¿Crees que más allá de ti, cuando termina la corriente de la vida, hay un abismo negro de miseria? ¿Y sigues navegando hacia abajo, tomando tu vaso de felicidad, aún feliz como el día de toda la vida?

¡Oh detente, pobre pecador, detente! ¡Detente! ¡Puede ser el último momento en el que tenga la oportunidad de detenerse! Por lo tanto, detente, ahora, te lo suplico. Y si sabes que estás perdido y arruinado, si el Espíritu Santo te ha humillado y te ha hecho sentir tu pecado, déjame decirte cómo serás salvo.

"El que cree en el Señor Jesucristo y es bautizado, será salvo. El que no cree", dice la Escritura, "será condenado". ¿No le gusta ese mensaje? ¿Debería haber dicho otra palabra en lugar de eso? Incluso si lo deseas, no lo haré, lo que Dios dice que diré, lejos de mí alterar los mensajes del Altísimo. Si Él me ayuda, declararé su verdad sin alterarla. Él dice: "El que cree y es bautizado será salvo, el que no cree será condenado". ¿Qué es creer? Decirle lo más simple posible: creer es renunciar a confiar en usted mismo y confiar en Jesucristo como su Salvador.

El esclavo negro dijo: "Massa, así es como creo, cuando veo una promesa, no la acepto, pero digo que esa promesa es firme y fuerte, caigo en la trampa, si la promesa no me soporta, entonces es La promesa es culpa, pero me caigo de bruces sobre ella".

Ahora, eso es fe. Cristo dice: "Este es un dicho fiel y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores". La fe es decir: "Bueno, entonces sumérgete o nada, esa es mi única esperanza. Perdido o salvado, ese es mi único refugio. Estoy resuelto para esto, mi última defensa".

***"Si perezco allí y muero
En su cruz todavía descansaré".***

"¿Qué?" Dice uno, "¿No hay buenas obras?" Las buenas obras vendrán después, pero no van con ellas. Debes venir a Cristo, no con tus buenas obras, sino con tus pecados y viniendo con tus pecados, Él te los quitará y te dará buenas obras después. Después de que creas, habrá buenas obras como efecto de tu fe. Pero si crees que la fe será el efecto de las buenas obras, estás equivocado. Es "creer y vivir". Cowper las llama palabras que despiertan el alma, "creer y vivir". Esta es la suma y la sustancia del Evangelio.

Ahora, ¿alguno de ustedes dice que este no es el Evangelio? Algún día te preguntaré qué es. ¿No es esta la doctrina que Whitefield predicó? Ore, ¿qué más tronó Luther cuando sacudió al Vaticano? ¿Qué más fue proclamado por Agustín y Crisóstomo sino esta doctrina de salvación en Cristo solo por fe? ¿Y qué escribió Pablo? Voltea a sus epístolas. ¿Y qué dijo nuestro Salvador cuando dejó estas palabras en el registro: "Ve y enseña a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"? ¿Y qué les ordenó a sus discípulos que les enseñaran? Para enseñarles esto. Las mismas palabras que ahora te he repetido fueron su última comisión. "El que cree y es bautizado será salvo, el que no cree será condenado".

Pero de nuevo, usted dice: "¿Cómo puedo creer que Cristo murió por mí?" ¿Por qué, por lo tanto, Él dice que murió por los pecadores, puede decir que es un pecador? No quiero decir con esa frase complementaria que muchos de ustedes usan, cuando dicen: "Sí, soy un pecador", y si me siento a preguntarles: "¿Rompieron ese Mandamiento?" "Oh, no" tú dirás. "¿Cometiste esa ofensa?" "Oh, no". Nunca hiciste nada malo. Y, sin embargo, ustedes son pecadores. Ahora, ese es el tipo de pecadores que no creo que predique. El tipo de pecadores que llamaría al arrepentimiento son aquellos a quienes Cristo invitó, aquellos que quieren decir lo que dicen cuando confiesan que son pecadores, aquellos que saben que han sido culpables, viles y perdidos. Si conoces tu pecado, entonces verdaderamente, Cristo murió por ti.

Recuerda ese sorprendente dicho de Lutero. Lutero dice que Satanás una vez vino a él y le

dijo: "Martín Lutero, estás perdido porque eres un pecador". Le dije: "Satanás, te agradezco por decir que soy un pecador, por cuanto dices que soy un pecador, te respondo así: Cristo murió por los pecadores. Y si Martín Lutero es un pecador, Cristo murió por él".

Ahora, ¿puedes aferrarte a eso, mi Oyente? No depende de mí autoridad, sino de la autoridad de Dios. Vete y regocíjate, porque si eres el jefe de los pecadores serás salvo, si crees:

***"Jesús, tu sangre y tu justicia son
mi hermosura, mi glorioso vestido
'En medio de mundos llameantes en estos vestidos de
gozo levantaré mi cabeza.
¿Me mantendré audaz en ese gran día?
¿Quién me acusará?
Mientras, a través de Tu sangre, estoy absuelto de
la tremenda maldición y vergüenza del pecado "***

Canta eso, pobre Alma, y has comenzado a cantar la canción del Paraíso. Que el Señor, el Espíritu Santo, aplique estas simples declaraciones de la Verdad a la salvación de sus almas. Amén. Amén.